

OTO

Asentado en la orilla derecha del río Ara, se halla emplazado a un kilómetro de Broto, principal población del valle de su mismo nombre. Dista de la capital oscense 96 km y su acceso desde la misma se efectúa a través de la N-330 que conduce hasta Sabiñánigo. Posteriormente se toma la N-260 en dirección a Biescas y, una vez atravesado dicho municipio, la misma carretera conduce al municipio de Broto. Desde allí, un desvío a la derecha lleva a la pequeña localidad de Oto.

En cuanto al pasado histórico del lugar, son escasas las fuentes documentales que lo ilustran, siendo citado por primera vez en el año 1042 en un documento de dudosa autenticidad. Una serie de señalizaciones y paneles informativos dan testimonio del inicio de la "Ruta de los Hospitalarios", que recorre el antiguo camino de San Nicolás de Bujaruelo hasta Oto. La Orden de San Juan de Jerusalén, establecida en el Valle de Broto en el siglo XII, tenía como misión principal velar por la salud y seguridad de los peregrinos en su periplo por la dura orografía de la zona así como proteger la ruta que entraba desde Gavarnie (Francia) por el puerto de Bujaruelo.

Dada su privilegiada situación defensiva, dicha orden eligió como asentamiento la localidad de Oto, circunstancia que pervivió hasta comienzos del siglo XV. En el año 1407 fue vendido por los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén a sus pobladores, siendo un año después entregado por los mismos a Martín I de Aragón. Sin embargo, será necesario esperar hasta el 6 de mayo de 1415 para que se produzca la incorporación a la Corona de Aragón bajo el poder de Fernando I "de Antequera". Pocos datos más conocemos de épocas posteriores, tan sólo que era propiedad real en el siglo XVI y realengo en 1785.

Perteneció al arcedianato de los Valles en 1279, formando parte del obispado de Huesca hasta en año 1955 en que pasó a integrarse en la diócesis de Jaca.

Iglesia de San Saturnino

CON UNA PLANIMETRÍA primigenia desconocida, el templo parroquial de San Saturnino era un claro exponente del románico de la zona. Según hipótesis de Adolfo Castán, la iglesia tomaría como referente estilístico Santa María de Aínsa, siendo su amplia nave y cuenca absidal, así como la torre porticada a los pies, elementos que beberían a su vez del viejo templo sobrarbés de San Martín de Buil.

Se trata de una construcción de mampostería con juntas de cemento, de nave rectangular con bóveda de cañón dividida en cuatro tramos sobre fajones y ábside de planta semicircular orientado canónicamente, cubierto con cuarto de esfera. La sacristía se encuentra comunicada con el presbiterio y ocupa toda la parte exterior del ábside. Completa el mobiliario litúrgico una pila bautismal monolítica con forma semiesférica y tosca factura situada en el lado norte de la cabecera de la nave.

El acceso al templo se realiza a través de una puerta situada a los pies del edificio, precedida por un pórtico muy modificado, cubierto con bóveda de cañón y abierto al frente en arco de medio punto. La puerta es también en arco de medio punto, con decoración de sogueado y tres cabezas de ángeles en los extremos y en el centro, dos de las cuales han

desaparecido recientemente. Su aspecto actual, fruto de las diversas modificaciones sufridas por el templo, hace imposible imaginar su pasado románico.

La primera reforma relevante del templo de la que se tiene constancia se remonta al siglo XVII, conservando, sin embargo, el principal elemento de su construcción románica primitiva la torre. Dicho elemento se compone de cinco cuerpos fruto de tres etapas constructivas bien diferenciadas: en la primera, desarrollada en estilo románico a finales del siglo XII, se construyeron de la planta baja a la tercera; en una segunda fase de datación incierta se edificó la planta cuarta, y en siglo XVII la quinta. El aparejo románico –de la planta baja a la tercera– es de sillarejo variado, más grueso en la base, alargado y estrecho en los pisos segundo y tercero. Se acomodó por hiladas, más regulares en la planta baja y primera, y con desconexiones e imperfecciones en las plantas segunda y tercera. El trabajo de la piedra fue muy tosco y poco cuidado, limitándose a una simple labor de escuadrado, bien retozando toda la superficie a martillo o simplemente arreglando salientes o deformaciones.

Como ya hemos citado anteriormente, la estructura románica parece concluir en la planta tercera, valorando la uni-



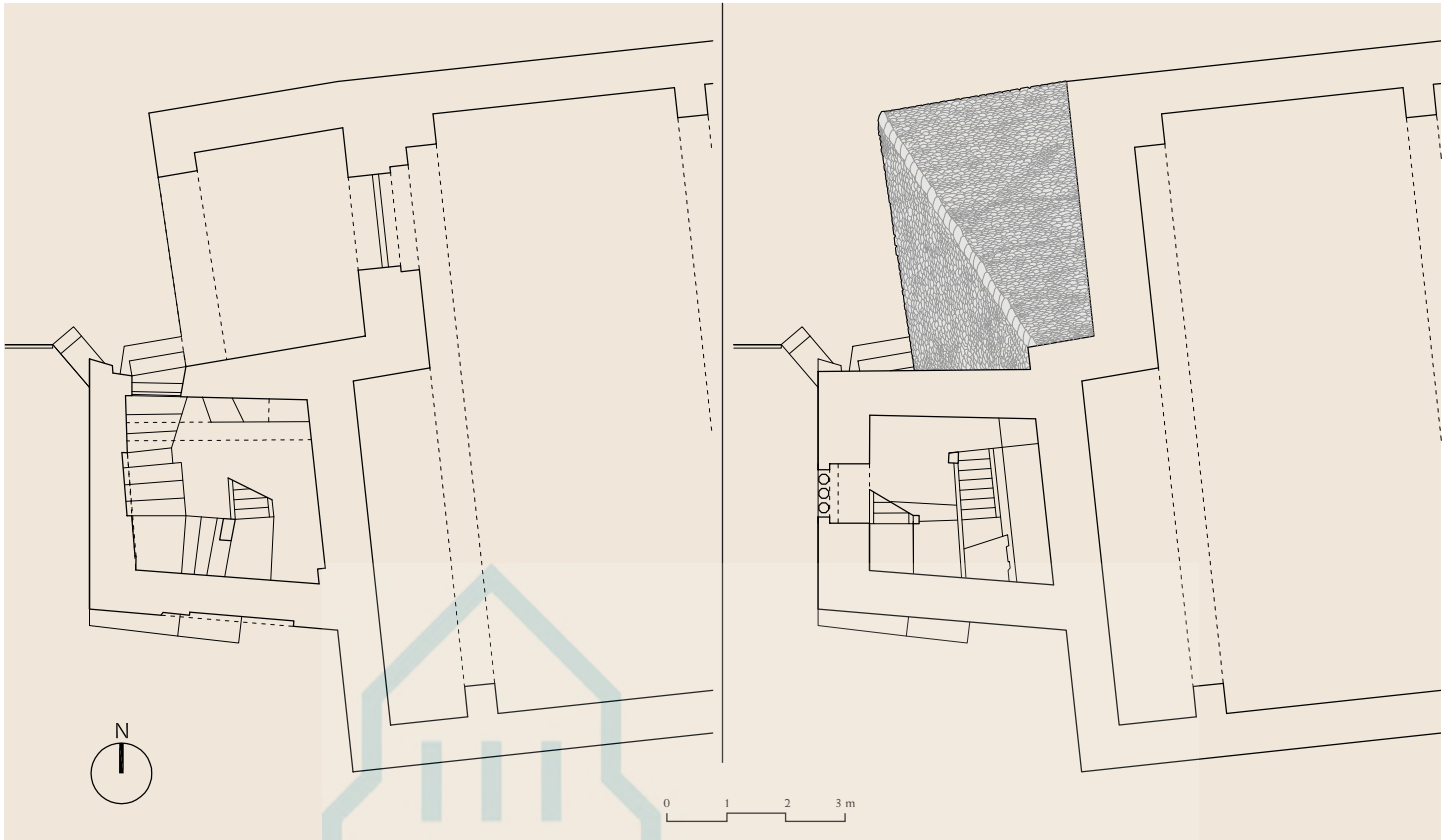
Vista general

formidad y modulación del aparejo. También los mechinales, con su simetría y distribución, avalan y precisan esta teoría. Pares ordenados de mechinales ascienden hasta las ventanas de la tercera planta, en los paños norte y oeste; también lo harían en la meridional, pero restaños en el paramento los eliminaron, restando, testimoniales, los cuatro últimos. En el horizonte del piso tercero, exactamente sobre los vanos de los arcos norte y oeste, e imposta del muro meridional, desaparecen los mechinales y es perceptible la variación del aparejo. Las hiladas de sillarejo son algo más gruesas, en algunos momentos con desvíos o inclinaciones, en otros no alcanzan continuidad plena absorbidas por las inmediatas. Es, sin embargo, más notorio el cambio de color, tornándose ahora blanquecino debido a la copiosa dosis de mortero de cal utilizada que fluyó abundantemente de la técnica de encofrado.

También existen diferencias visibles en los vanos. Mientras las dovelas de los arcos embutidos en los pisos bajos, hasta el tercero, tenían una factura cuidada, los huecos del piso cuarto desplazan cierres defectuosos, alejados del semicírculo, al elevarse el apeo común central muy por encima de las impostas laterales; dovelas mal ensambladas y toscas roturas distancian su aspecto de la evocadora arquería precedente. La planta baja es la que ha sufrido mayores alteraciones, a juzgar por los arcos cegados que se aprecian desde el interior de la misma.

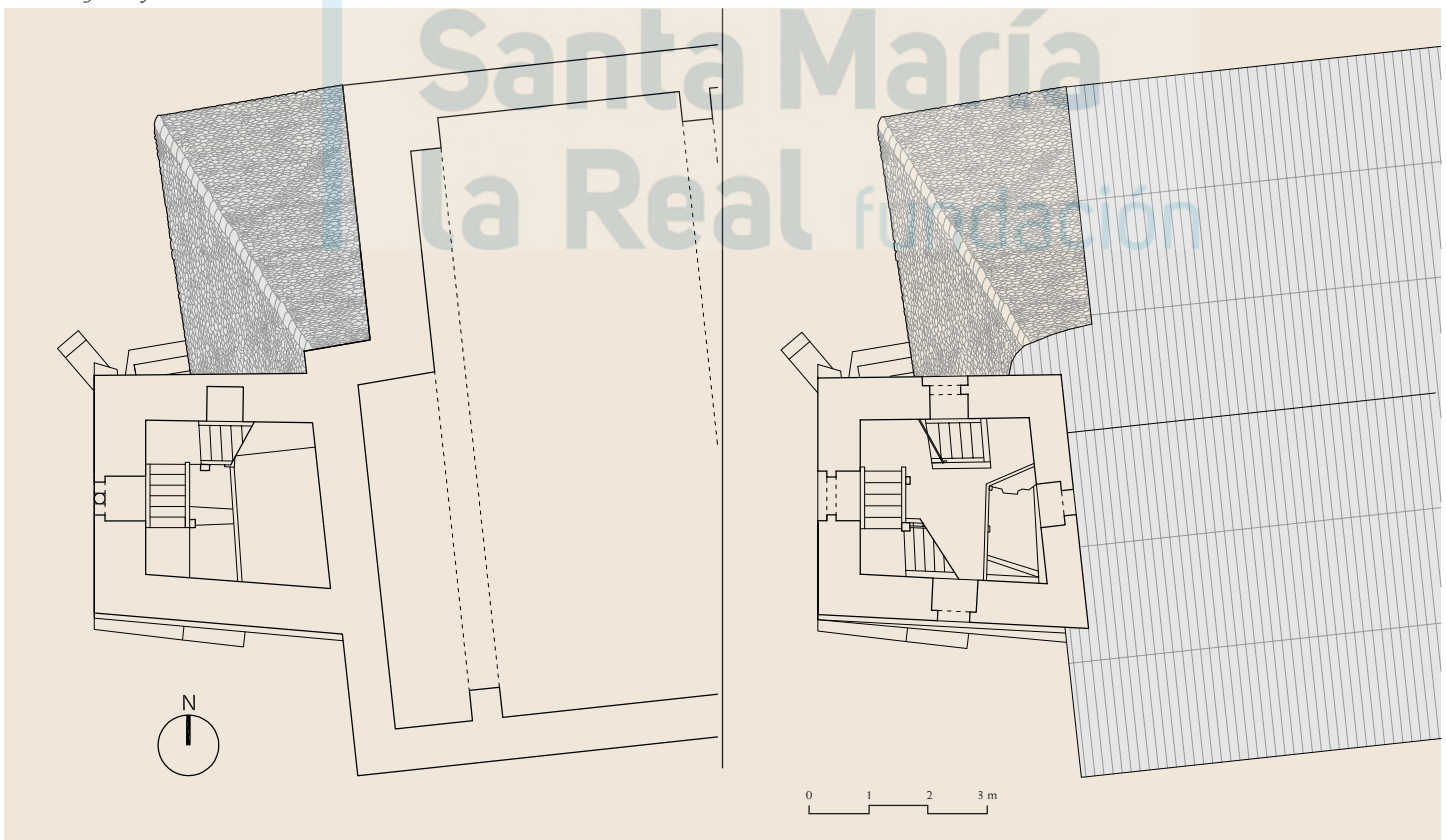
Alzado oeste





Plantas baja y primera de la torre

Plantas segunda y tercera de la torre





Torre

En la reforma del siglo XVII debió acondicionarse el coro bajo, como en otras iglesias del valle del Ara, tapiando las arcadas exteriores. Subsisten los arranques, parte de la bóveda con simulado cierre estrellado pintado y restos de una banda pictórica con inscripción piadosa: COR DIE TV NOS A [...]. Las bóvedas estrelladas son asiduas compañeras de los templos gótico-renacentistas del siglo XVI, imitadas, con pintura, en edificios del siglo XVII.

Quizá en esta época se solapó la abadía a los costados sur y oeste. El tejado ha dejado impronta en el piso segundo –al Sur–, cayendo, por el Oeste, hacia el magnífico vano del piso primero que permaneció oculto hasta la eliminación de la vivienda. Al acoplarse la abadía o bien en la última reforma, buena parte del tramo bajo del paño sur, incluido el arco, perdieron su originalidad, manifestado por variación del aparejo y desaparición de los mechinales e imposta que actuaba de linde divisorio entre los pisos segundo y tercero.

La planta baja antigua es de influjo sobrarbense, inspirándose directamente en Santa María de Aínsa. El examen interno revela arcos similares en los cuatro paramentos. Al Este, colindante con la nave, abriría una segunda o quizá única puerta de ingreso al templo, como en Aínsa. Al Norte, actual acceso a la torre, el arco posee levísimo apuntamiento, pegándose un segundo arco, para montar la bóveda, en la

remodelación del siglo XVII. El meridional se rehízo íntegramente y a poniente consume arco elíptico de gruesas dovelas rectangulares

Mechinales simétricos, sostén del piso enmaderado, dan contemporaneidad interna a la primera planta. Tres vanos perforan los paramentos; al Este, actualmente tapiado, para acceder a la cámara hueca comprendida entre el tejado y bóvedas de la nave; al Sur, también tapiado, para comunicación con la abadía; un tercero, de armoniosa hechura, al Oeste. La ventanita occidental, concebida como fuente de iluminación, asume convencionalismos antiguos, tales como dintel enterizo bajo arco de descarga, prototipo lombardo que amanece en Sobrarbe con las primeras fortificaciones –Abizanda y Boltaña–, para integrarse a continuación en la arquitectura religiosa: San Martín de Buil, San Clemente de Palo, San Antón de Paso, San Bartolomé de Muro, etc.

Junto a estos arcaísmos, algunos detalles inducen a pensar en albañiles que aprovecharon lo que tenían a mano, improvisando un vano poco meditado. Las jambas externas del hueco son dos ménsulas sobrantes destinadas en origen a soportar el alero absidal, que por su envergadura y vuelo recuerdan a las homónimas de San Martín de Buil, previas al advenimiento del románico. El dintel, exageradamente alargado, ajustado en un extremo, se prolongó en demasía por el otro, en defectuoso encuentro con el sillarejo del muro, sedimentado por hiladas. Tres parteluces monolíticos, de extremos cuadrados y sección octogonal, aristas burdamente biseladas, dividen en cuatro partes la luz del hueco. Es el único detalle de influjo serrablés; sus artífices seguramente conocían las ventanas triforas de San Bartolomé de Gavín, relativamente próximo, interpretándolas a su gusto de un modo práctico.

De todas formas no es discutible su singularidad dentro del románico aragonés. El arco, sobre tímpano macizo, que corona la ventana evitando cargas al débil dintel, sigue pautas afines al románico jaqués en su penetración sobrarbense. Se trata de un románico de dovelas largas, presente en las portadas de Villamana, San Felices de Solana o Morcat, todas con crismón y arquivoltas progresivamente reductoras del hueco. Interiormente el despiece del arco es aceptablemente simétrico, con dovelas más estrechas en torno a la clave y sobredintel.

El espacio interno aumenta en la segunda planta a costa del espesor de muros que encogen paulatinamente provocando un perfil típico en talud. En la planta segunda abren dos vanos, uno al Norte y otro al Oeste. El septentrional, cegado, parece originario. Su función no es suministrar iluminación, dada la orientación y cercanía de otra ventana que cumple a la perfección esa misión; pudiera tratarse de una puerta proyectada en altura ya que en buena parte de los campanarios del área subyace una simbiosis religioso-militar; es ejemplo la torre de Aínsa, observatorio y baluarte llegado el caso, y presumible modelo de la torre de Oto. Técnicamente es un hueco alargado y estrecho, cubierto con bóveda somera-



Ventana de la torre

mente apuntada; mientras que el arco externo es de factura excelente, con despiece regular y simétrico, el arco interior es de dovelas dispares, con cuñas, lajas y grueso tendel elevando el desplazamiento del trasdós; aparejo del muro y arco interior conectan con notables deficiencias, creando una imagen confusa, de acontemporaneidad. La ventana de poniente, geminada, con arquitos esculpidos en el propio dintel y parteluz monolítico de sección octogonal, casi cilíndrica por haberse alisado la superficie, posee mejor acabado y aspecto más equilibrado; las jambas son de una pieza. Interiormente el arco incurre en defectos tales como la diversidad de dovelas y la disonancia de ajustes.

A diferencia de las anteriores, la planta tercera se asienta sobre elementos salientes de los muros este y oeste que soportarían vigas de madera. Acoge cuatro huecos, uno por muro. Al Norte, un vano geminado que ha perdido el mainel; jambas y dintel son monolíticos, éste cobijando arquitos de medio punto. El arco del vano, suavemente apuntado, se articula con dovelas más regulares, tanto al exterior, como al interior. Al Oeste, vano gemelo del anterior, con arcos más cercanos al medio punto, pero hilvanado externamente. Ha desaparecido el mainel y casi todo el dintel. Al Sur, vano de nuevo cuño bajo arco corrido de directriz semicircular, marcándose las juntas con paleta, en el ingreso; buena hechura general y tímpano liso como dintel. El hueco oriental parece gemelo del situado en el muro sur, pero sólo restan las pilas-trillas marginales.

En la planta cuarta, un pequeño rafe saliente en los muros este y oeste, sirvió para apoyar el piso de madera. El espesor del muro sigue en regresión, hemos pasado de 80-85 cm en la planta primera a 60 cm en la planta cuarta. Este piso parece obra posterior, por tipología del aparejo y tratamiento de los arcos. Abría cuatro grandes huecos geminados, actualmente cegados, con apeo central en capitel-zapata sobre pie derecho o mainel, rememorando fórmulas ciertamente antiguas.

La quinta y última planta, añadida tardíamente, abre huecos para las campanas. Reproduce al Sur, reaprovechando materiales, los vanos de la planta cuarta.

En cuanto a la datación del templo, el aspecto actual del mismo es fruto de una reconstrucción total realizada tras la Guerra Civil. Del pasado románico del mismo, tan solo dejan constancia las tres plantas inferiores de la torre, que dadas sus características pueden fecharse a finales del siglo XII.

Texto: SMB - Fotos: AGO - Planos: HBA

Bibliografía

ACIN FANLO, J. L., 2011, pp. 10-13; CASTÁN SARASA, A., 1988a; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, II, pp. 207-210; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/Otal.



Santa María
la Real fundación